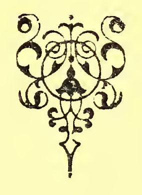
¿Quién es su padre?

COMEDIA EN UN ACTO ORIGINAL

DE

Rafael Calvo

ESTRENADA EN EL TEATRO ESPAÑOL LA NOCHE DEL 5 DE DICIEMBRE DE 1923.



IMPRENTA
DE
MIGUEL RODRIGUEZ
Travesía del Conde Duque, 6
MADRID

1923

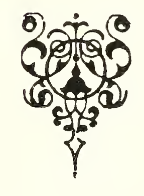
¿Quién es su padre?

COMEDIA EN UN ACTO ORIGINAL

DE

Rafael Calvo

ESTRENADA EN EL TEATRO ESPAÑOL LA NOCHE DEL 5 DE DICIEMBRE DE 1923.



IMPRENTA
DE
MIGUEL RODRIGUEZ
Travesía del Conde Duque, 6
MADRID
1923

REPARTO

DON BRUNO (55 años).................	**D. Jesús Tordesillas,**
DON PANTALEON PENCAS (48 años)...	**D. Alberto Contreras.**
SEÑORITA PILI (20 años)...............	**Srta. Pepita C. Velazquez.**
FELICIANO (17 años)....................	**D. Luis Domínguez Luna.**
MISTER RICHARD (50 años)............	**D. Rafael Nieto.**
CRITETO (30 años)......................	**D. José M.ª Gil.**



ACTO ÚNICO

La escena dividida, representa el escritorio de una oficina. A la derecha del espectador, el departamento del Jefe, D. Pantaleón, Mesa de despacho con libros y papeles; teléfono. Sobre la mesa no habrá ningún objeto transportable; ni aún tintero. Timbre instalado sobre el muro y próximo al asiento.
A la izpuierda D. Bruno, Feliciano, Cristeto y Pili, que escribe a máquina. Puerta segunda izquierda. Mampara que comunica los dos departamentos, y balcón al foro de uno de ellos.

ESCENA PRIMERA

Cuando se levanta el telón, D. Bruno y Pili trabajan afanosos. Feliciano y Cristeto, aquel sentado sobre una mesa, charlan despreocupados.

D. BRUNO. ¡Por Dios, Feliciano! ¡Cristeto! Siéntense ustedes. Si no quieren trabajar, no trabajen, pero disimulen un poco.

CRIST. No se preocupe usted D. Bruno. Los pasos de ese tío son inconfundibles.

D. BRUNO. ¡Que un día nos sorprende D. Pantaleón, y ustedes por no hacer nada, y yo por tolerarlo, nos vamos a reunir en la cama de operaciones de cualquier clínica de urgencia!

CRIST. No exagere, D. Bruno. ¿Dónde está escrito que un hombre se coma a otro?

D. BRUNO. En la Historia Natural. ¿Usted no ha oido hablar de los antropófagos? Pues D. Pantaleón encolerizado, pertenece a esa raza. Yo le he visto reñir con un tenedor de libros, y no se lo comió porque era Viernes Santo.

FELIC. Esas son bromas de usted. Todos conocemos su mal carácter, su impertinencia y su barbarie. Pero de eso a pegar...

D. BRUNO. ¡Que pega, Feliciano! ¡Que le digo a usted que pega! ¿No es verdad, Cristeto?

CRIST. ¿Usted no ha reparado en una mancha obscura, que hay en la pared de su despacho? Pues esa mancha, es la huella de un tintero, que arrojó sobre la cabeza de D. Balbino, antecesor de usted.

FELIC. ¡No siga, Cristeto! ¡Mire usted como tengo el pulso! No ha sido a mí, ¿verdad? ¡Pues vea usted, D. Bruno! *(Dejándose pulsar.)*

D. BRUNO. ¡Canario! Es usted un hombre peligroso.

CRIST. Pues repare cuando entre, y verá, cómo al lado de la mancha, y un poco más arriba, hay un desconchón de este tamaño. *(Señalando con las manos.)*

FELICI. Ese sí le he visto.

CRIST. Eso... fué un pisapapeles que se estrelló sobre el muro.

FELICI. Y ¿contra quién iba dirigido?

CRIST. Contra un ordenanza de secretaría.

FELICI. ¿Pero esos hombres no se quejaron?

D. BRUNO. No se quejaron, porque afortunadamente, no dió en el blanco.

FELICI. Digo a los superiores.

CRIST. Sí; elevaron una protesta a la dirección, y tomaron el acuerdo, de retirarle de la mesa todos los objetos arrojadizos, y regalarle una pluma stilográfica.

D. BRUNO. ¡Le han prohibido el uso de bastón, y cuando llueve, para que no traiga paraguas, le mandan a su casa un impermeable!

FELICI. Entonces es una fiera.

D. BRUNO. No; es un hombre de ideas avanzadas, y tiene la creencia, de que es más persuasivo un tintero que vuela, que una sarta de razonadas advertencias.

FELI. Pues en mí se quiebran esas teorías. Yo les aseguro a fe de quien soy, que desde este momento, voy a empezar mi obra redentora. Ustedes lo han de ver. En cuánto entre, como de costumbre, sin dar los buenos días, le pongo la ceniza en la frente.

D. BRUNO. No se lo aconsejo. Usted no le conoce.

FELI. Y en cuanto empiece a sonar los timbres, haciéndonos ir uno por uno para ponerles a ustedes como un trapo, van a presenciar un bonito número.

D BRUNO. ¿Será usted capaz de librarnos de esta esclavitud? ¡Ay, Felicianol ¡Bendita sea la hora en que tomó usted posesión del cargo! ¿No oye usted, señorita, lo que se propone hacer D. Feliciano?

PILI. No he prestado atención... estoy trabajando.

CRIST. Pues nada menos que reducír al energúmeno. Obligarle a que salude... a que sonría... a que nos trate bien.

D. BRUNO. Y cuando ya lo tenga sometido del todo, exíjale usted que nos ascienda.

FELI. Todo he de conseguirlo, y sin tocarle. Hay un medio científico, del que me sirvo en momentos difíciles... ¡La mirada!... Le impondré mi voluntad por el hipnotismo... le dormiré si fuera preciso...

D. BRUNO. ¿Pero usted tiene fuerza suficiente...?

FELI. ¿Yo? ¿Para dormirle? ¡Míreme usted a los ojos! ¡Así! ¡Fijo! ¿No siente usted que pierde la voluntad?

D. BRUNO. Esa la tengo perdida desde que me casé.

FELI. ¡Quieto! ¡¡No pestañée!!

CRIST. ¡¡Don Pantaleón!! ¡¡Que viene D. Pantaleón!!

D. BRÜNO. ¡¡Recaperuzas!! Por poquito me encuentra roncando. *(Entra D. Pantaleón altanero y despreciativo, con el sombrero puesto y sin saludar. Después de sentarse rebusca sobre la mesa, llamando finalmente con el timbre.)* ¡Ese timbre me produce el efecto de una trepanación sin cloroformo!

D. PANT. *(Gritando.)* ¡Don Bruno! *(Entra D. Bruno.)* ¿Está usted pelando la pava?

D. BRUNO. No, señor D. Pantaleón. Esos pelados pasaron ya.

D. PANT. Desde que introdujeron el personal femenino, se ha convertido usted en un Don Juan.

D. BRUNO. Vuelvo a repetirle, con todos los respetos, que ya no puedo ser más que el Comendador.

D. PANT. ¡Bueno, basta! ¿Y esas liquidaciones? ¡A que no están! ¿A que todavía no se ha molestado usted en hacer una pequeña suma?

D. BRUNO. Las tiene usted encima de la mesa.

D. PANT. ¿Yo? ¡Ah, sí! ¿Y las plantillas?

D. BRUNO. Encima de la mesa.

D. PANT. ¿Dónde he puesto las gafas?

D. BRUNO. Encima de la mesa.

D. PANT. ¡Pero hombre: todo está encima de la mesa!

D. BRUNO. No se disguste. Para otro día yo lo pondré debajo.

PANT. Puede usted retirarse. *(Medio mutis.)* ¡Ah! Dígale a Cristeto que venga.

D. BRUNO *(Saliendo.)* D. Cristeto que pase usted.

CRIST. ¡Ay, mi madre! ¿Yo? ¿que pase yo?

D. BRUNO. Sí, que pase usted al salón de pinturas...

CRIST. ¡Eh! ¿De pinturas? *(sorprendido.)*

D. BRÜNO. Que lo van a poner negro.

CRIST. Si no fuera por el pan de mis hijos, a este hombre tendrían que conservarlo en una cámara frigorífica. *(Muy sumiso.)* ¿Se puede?

D. PANT. Adelante. ¡Tenía gana de echarle la vista encima! ¿Por qué no me dijo usted que ese pollo que vino a verme, solicitando un destino, era hermano suyo?

CRIST. No me acordé, D. Pantaleón.

D. PANT. ¿Usted no sabe que el reglamento, prohibe en absoluto parentesco entre los empleados? ¿Y que esa medida es saludable porque evita el favoritismo?

CRIST. Si señor; lo sabía.

D. PANT. ¡Pues si lo sabía, es usted un melón!

CRIST. *(Muy humilde.)* ¡Sr. Pencas, me ofende usted!

D. PANT. ¡Pues rectifico; es usted una calabaza! ¡Retírese de mi presencia!

CRIST. ¡Pero señor Pencas...! *(Humilde)*

D. PANT. ¡Largo! ¡Largo!

CRIST. *(Sale entristecido.* D. *Bruno le abraza con ternura)* ¿Lo han oído ustedes? ¡Melón!

FELICI. Usted tiene la culpa por consentirlo ¿A que a mi no me lo dice?

D. BRUNO. Yo sospecho querido Feliciano, que a usted también se lo dice y además le cala.

CRIST. ¡Este hombre no muere de muerte natural!

D. BRUNO. Ríase usted de eso. Estos son los que tienen más suerte.

FELI. Según, según. Que hay tranvías muy oportunos, y camionetas que atropellan en el propio domicilio.

CRIST. Les digo a ustedes que no. Que no muere de muerte natural.

D. PANT. *(Repasando unos documentos)* ¡Este botarate de Feliciano!

CRIST. Y ahora le toca a V.

FELI. ¿A mi? ¡Cá! ¡Conmigo no juega!

D. PANT. ¡Este idiota de Feliciano!

D. BRUNO. Es natural. Usted es soltero, sin obligaciones. ¡Ay, Feliciano, como le envidio a usted! ¡Quién pudiera conservar esa independencia!

FELI. Cualquiera. Es facilísimo; todo consiste en imponerse con la mirada.

D. PANT. ¡Este jumento de Feliciano! *(Timbre.)*

FELI. Me gustaría que me llamara a mi. Vería usted que sencillo... Pero a mí no me llama.

D. BRUNO. (*Entrando*) ¿En qué puedo servirle?

D. PANT. Diga usted a ese cernícalo de Feliciano que entre.

D. BRUNO. (¡Dios mío de mi alma!) (¡El terremoto de la Martinica va a resultar un garbanzo de pega!) a usted le toca. (*Haciendo seña de que entre*)

FELI. (*En ademán de brindis torero*) Por usía y por toda la compañía.

D. BRUNO. (*Sacando el pañuelo*) Yo me preparo a pedir la oreja. (*A Cristeto*) ¿Viene usted al burladero?

CRIST. ¡Vaya! y no me siento en el estribo «por el qué dirán» ¿Y usted señorita?

PILI. No me interesa el hipnotismo.

FELI. (*Que ha entrado sin ser sentido por Don Pantaleón que enfrascado repasa unos papeles.*) ¡Ejem! ¡Ejem!

D. BRUNO. ¡Vaya un tío! ¡Y le desafía! ¡Eso es un hombre y no usted y yo que debíamos ir con mantón alfombrado!

CRIST. (*Triste*) !Y con flores a la cabeza, si señor! ¡Pero amigo... mis hijos...!

D. BRUNO. ¡Ah! Ese es otro cantar. El día en que nadie tenga hijos, verá V. que bien lo pasamos.

FELI. ¡Ejem! ¡Ejem...!

D. PANT. (*Abtraído*) ¡Nada! ¡Nada! ¡Este Feliciano es un jumento!

D. BRUNO. ¡Repámpanos!

FELI. (¡Lo habrán oído!)

D. BRUNO. ¡Apártese usted que a lo mejor una bala perdida!..

CRIST. ¡Qué bala! !Si se ha quedado tan fresco!...

D. BRUNO. Lo estará enfocando.

FELI. (*Muy sumiso*) D. Pantaleón... me ha parecido oir..

D. PANT. ¡Ah! ¡Lo ha escuchado usted! ¡Me alegro! (*Hasta este momento no repara en Feliciano.*)

FELI. Si señor... y me ha parecido oir... que me llamaba usted jumento...

D. PANT. Ante todo, no olvide que puedo ser su padre...

FELI. (*Más envalentado*) ¡Por eso me contengo! ¡El respeto a esas canas!...

D. PANT. ¡Eh! ¡Eh!... ¡Alto! !No me perdone nsted la vida! porque soy capaz de teñirmelas inmediatamente!...

CRIST. ¡Uy... malo!

D. BRUNO. ¡Pues nó le duerme!

FELI. Si tuviera usted diez años menos, no me hablaría de esa manera.

D. PANT. ¿Qué no? ¡Por qné! Diga usted por qué.

D. BRUNO. Este hombre tiene el sueño cambiado.

FELI. No se altere, D. Pantaleón. No he querido ofenderle. ¡Es que hace diez años, estaba interno en los escolapios!

D. PANT. ¡Usted es un majadero y un botarate, a quien voy a dar quince puntapiés!

FELI. (*Mirándole fijamente*) ¿A mí? ¿A que no?

D. PANT. Ahora lo vá usted a ver!

FELI. !Pero Don Pantaleón, por Dios, no se exalte!

D. PANT. ¡Uno! (*Dándole el primer puntapié.*)

FELI. Tranquilícese usted, no hay motivo.

D. PANT. ¡Dos! (*Segundo puntapié*) (*El segundo puntapié se lo dá frente a la mampara, que se abre violenta, para dar paso al desdichado, Feliciano que cae estrepitosamente en el otro departamento, ante el estupor general. Don Pantaleón, despectivo, se sienta de nuevo ante su mesa.*) (¡Mequetrefe! ¡Desvergonzado! ¿No sé como he podido contenerme!)

D. BRUNO. ¡Goal!

FELI. *Que aun sigue sentado en el suelo y muy compungido*) ¿Ustedes me dirán qué debo hacer?

D. BRUNO Levantarse.
(*La Señorita Pili contiene la risa. Feliciano se pone en pié*) Reflexionar y tomar una resolución.

FELI. Si, si. Eso es muy fácil decirlo, pero... ¡caramba! A un hombre a quien ya le apunta el bigote tratarle asi...!

D. Bruno. Le advierto que lo mismo lo hubiera hecho con don Jaime el Barbudo. No repara en pelillos. Siéntese, Feliciano. Siéntese usted

FELI. No; muchas gracias.

CRISTI. Siéntese.

FELI. Si no puedo, Cristeto; espere que me desaparezca este acorchamiento. ¡Qué bárbaro!

PILI. ¿Y no es un dolor que acabe usted sus días en un presidio?

FELI. Bien poco me ha faltado, no crea, que ya empezó a ponérseme una nube en los ojos y...

PILI. Pues cuando se le ponga esa nube, consulte usted con un oculista.

FELI. Si pretende hacer chacota de mi, se equivoca. No estoy para chacotita... señorita.

D. BRUNO. ¡Bueno! Respeto, réspeto, y a trabajar.

FELI. Peró aun no me han dicho ustedes qué debo hacer

D. BRUNO. ¡Trabajar, hombre, trabajar! (*Suena timbre*)

FELI. !Ay mi madre! (*Se sienta en su puesto.*)

CRIST. ¡Mis hijitos de mi vida!

D. BRUNO. ¿Lo ven ustedes.? Ahora el que paga el pato soy yo, y el que me pega la patada es él. (*Entrando en el departamento de don Pantaleón.*)

D. PANT. ¡Qué comentarios están ustedes haciendo!

D. BRUNO. ¡Comentarios... ninguno, señor Pencas!

D. PANT. ¡No quiero comentarios, lo oye usted, no quiero comentarios! El que no esté conforme que se vaya. Que me copien eso, y dejen espacio para las firmas. Y al idiota de Feliciano, recuérdele que siete y dos son

nueve... no once; ahí lo tiene para que lo enmiende

D. BRUNO. Feliciano... para enmendár... Señorita... para copiár. ¡Esto es para reventár! (*Timbre del teléfono.*)

D. PANT. ¿Quien...? ¿Quien llama? ¡Ah, mister William! ¡Yes... yes... yes...! Voy a preguntarlo. A sus órdenes señor subdirector. (*Se levanta y pasa al otro departamento*) ¿Pueden sentarse estas partidas en el libro de Caja?

D. BRUNO. Si señor.

D. PANT. ¡Pues a sentarlas! (*Sale por la izquierda.*)

D. BRUNO. Este hombre cree que está en una batería.

CRIST. Hace bien: no tiene él la culpa, sino nosotros. ¿Hemos rechazado alguno ese mal trato? Ninguno, usted mismo, que es nuestro jefe; que tiene un alto puesto en la casa...

D. BRUNO. No me hable del puesto, que lo cambio por uno de castañas asadas ¿Saben ustedes lo que me contestó, cuando con toda humildad sollcité el ascenso? Pues que me hiciese aviador. (*Pili se rie.*)

FELI. Claro, a usted le hace mucha gracia. Como con usted no se mete...

PILI. ¡Lástima fuera! Soy una señorita.

D. BRUNO. Y nosotros hija. También nosotros somos tres señoritas.

FELI. ¡Protesto... protesto! ¡Ese valiente no se me escapa a mi! No crean ustedes que esto se ha acabado... ¡No faltaría más! El próximo invierno, le arrojaré el guante a la cara.

PILI. ¿Ah, pero hasta entonces...?

FELI. ¡Claro! ¡No sé que guante quiere usted que le arroje en el mes de Julio!

D. BRUNO. Ha debido usted tirarle el sombrero de paja, o un vaso de horchata de chufas. Lo malo es que usted le tira el vaso, y él le devuelve las chufas inmediatamente.

CRISTI. No es ese el procedimiento. La violencia no conduce a nada. Ustedes creen que a mí no se me pasa por la

imaginación degollarle... pues se me pasa. ¡Pero... y el borrón que echo sobre mis hijos! ¿Cómo limpiar la mancha? ¿Cómo limpio el borrón?...(*Este parlamemto lo dirá accionando con la pluma en la mano*)

D. BRUNO. Eso le pregunto a usted. ¿Cómo limpio el borrón que acaba usted de echarme en este documento?

CRISTI. Perdón Don Bruno.

D. PANT. ¡Pasen ustedes a la Dirección, que les van a poner las peras a cuarto!

D. BRUNO. ¿Nosotros?

D. PANT. ¡Si; ustedes. Todos!

CRIST. (Este tío nos va a dar el té)

D. BRUNO. (*Saliendo*) No señor: el postre y a un precio módico... a cuarto.

D PANT. (*A Pili que se ha quedado trabajando*) ¿Por qué se rezaga usted? ¿No me ha oído que vayan todos?

PILI. ¿Yo también?

D. PANT. ¡Todos!

PILI. (*En tono firme pero respetuoso.*) Yo no tengo por qué ir a la Dirección. Estoy satisfecha de mi comportamiento y no tolero que se me reprenda. Hago cuánto puedo y lo mejor que puedo. Si se me exije más, me iré.

D. PANT. ¿A donde?

PILI. A mi casa.

D. PANT ¿A su casa?

PILI. ¿Se extraña usted de que tenga casa? ¡Pues la tengo Y en ella soy lo que usted es aqui. ¡El Jefe! Pero disto mucho de ser como usted ès aquí.

D. PANT. No la entiendo a usted

PILI. Porque usted abusa... maltrata, y yo acaricio.

D. PANT (*Tierno*) ¿Usted acaricia?

PILI. A los mios.

D. PANT. ¡Qué lástima!

PILI. Y todos me respetan, me quieren, me miman...

D. PANT. (*Más tierno.*) Entonces, encantadora Pili, ¿me aconseja que debo acariciar? Es usted una criatura interesante. ¿Debo acariciar?... Pili encantadora... ¿Usted lo cree así?... (*Acercándose poco a poco.*)

PILI. Naturalmente.

D. PANT. ¿Y a quién, Pili..., a quién cree usted que debo acariciar? (*Muy cerca de ella.*)

PILI. A Feliciano.

D. PANT. (*Retirándose.*) ¡Cuerno! A Feliciano de ninguna manera.

PILI. A Feliciano, que ha sufrido sus arrebatos. A Feliciano, que ha sido víctima de su trato brutal.

D. PANT. ¿Y después?

PILI. Después a D. Cristeto.

D. PANT. ¡Pero si Cristeto es casado!

PILI. ¿Y qué?

D. PANT. Que ya le acariciará su señora.

PILI. Y luego ... a mi padre.

D. PANT. ¡A su padre! ¿Y quién es su padre?

PILI. Mi padre es un pobrecito viejo, a quien está usted amargando la vida.

D. PANT. Pero criatura, si no le conozco ..

PILI. Si le conoce usted... Es decir, no le conoce, porque si le conociera, no le haría sufrir. (*Llorosa.*)

D. PANT. ¡Vamos, Pili, vamos! ¡No se aflija usted. que yo soy muy vehemente, y lo mismo le doy tres puntapiés a Feliciano, que rompo a llorar como un becerro! ¿Quién es su padre? ¿Dónde está su padre? Yo iré a darle toda satisfacción. Dígame usted cuándo y dónde le he ofendido.

PILI. Aquí; aquí está. Mi padre es ese hombrecito tan pobre y tan bueno..., mi padre es D. Bruno..., y yo le suplico a usted por lo que más quiera, que le tra-

te bien... que no le dé disgustos..., que le respete.

D. PANT. Silencio, Pili, silencio. ¿Cómo sospechar...? ¿Don Bruno? ¿Pero usted es hija de D. Bruno? ¡No es posible! ¡Si usted es muy bonita! ¡Y D. Bruno! ¡No sé lo que digo! Perdón. Yo le prometo a usted, yo le juro que no tendré un reproche para su padre. Para él todas mis distinciones...! ¡Pero y el reglamento! ¡¡Ese reglamento que prohibe...!!

PÍLI. No es culpable mi padre. Por él supe que hacía falta una señorita mecanógrafa y sin consultarle pretendí la plaza. Me la dieron, y después, a fuerza de súplicas... y de necesidades, logré convencerle... Pero yo me marcho. Aquí se queda él..., yo se lo recomiendo y perdóneme usted.

D. PANT. ¡Cá..., aquí nos quedamos todos! Porque, confesión por confesión.... Yo la adoro a usted, Pili, y si usted no me cree, abra esa carpeta de mi mesa, y verá la serie de versos ridículos que pretendo sacarme de la cabeza, pero que no salen. Mi mal carácter y mi barbaríe con el desdichado Feliciano, fué por sospechar que le agradaba a usted. Pero todo acabó, y cuando se persuada de que soy otro, y de que puedo hacer feliz a una mujercita de sus condiciones, y de su estatura y de su nombre y apellidos, ¿podré esperar?

PILI. ¿Esperar? Hay mucha diferencia de años.

D. PANT. Eso tiene arreglo. Me los quito. ¿Podré esperar, Pili? Digame usted que sí, porque de lo contrario, el león del desierto, va a parecer un gusano de seda compa rado conmigo.

PILI. No se puede ir tan de prisa, D. Pantaleón.

D. PANT. Es que si voy despacio, me muero en el camino.

PILI. Estas respuestas requieren meditarlas. Nunca pude sospechar...

D. PANT. ¿Que hubiera usted encendido una fogarata dentro de

mi pecho? ¿Pues está llameando? La encendieron esos ojos, que jamás se encontraron con los mios. Esa boca, a la que nunca he visto sonreir. Esas manos, que cual dos mariposuelas de alabastro, revolotean sobre el teclado de una máquina, pero que huyeron temerosas al contacto de las mías... Ese cuerpo...

PILI. ¡Que es una palmera...!

D. PANT. ¡Justo! Eso iba a decir. ¿Cómo lo ha adivinado usted?

PILI. Porque es el lenguaje de todos los que se enamoran.

D. PANT. ¿Todos dicen lo mismo?

PILI. Todos mienten igual.

D. PANT. Luego, ¿usted cree?

PILI. Que eso pasará.

D. PANT. Se equivoca usted. Estas crisis de amor, a mis años, reclaman un altar y un sacerdote.

PILI. O un médico.

D. PANT. ¿Alienista?

PILI. No digo tanto. Pero como el amor es una enfermedad, bien puede confundirse con otra.

D. PANT. No, lindísima Pili. Esto que yo padezco no se cura con bicarbonato. Usted lo sabe... por eso me atormenta... Pero yo necesito una esperanza... Lejana si usted quiere... pero esperanza al fin.

PILI. Déjeme usted pensarlo... Déme tiempo para que lo consulte; y si mis padres no se oponen, y mi madrina es gustosa...

D. PANT. ¿Pero son necesarios tantos requisitos? Ahora comprendo por qué se casa tan poca gente. En fin, sea como usted quiera. Me someteré a la opinión de su madrina... Daré una satisfacción a D. Cristeto.. Me dejaré pegar por Feliciano.

PILI. No pido tanto.

D. PANT. Pero yo se lo concedo todo; y cuando vea de lo que soy capaz...

PILI. Empezaré a creerle .. Y ahora me voy a la Dirección, para que me pongan las peras a cuarto.
(*Mutis segundo izquierda.*)

D. PANT. ¡Oh! divina mecanógrafa. Qué feliz soy en este momento. Voy a aprovecharlo Quiero escribir un canto al amor. El instante es oportuno. ¡Una ola romántica inunda todo mi ser! No desperdiciemos este baño de ola. (*Pasa a su departamento.*)
(*Entran todos los empleados.*)

D. BRUNO. Ya lo han oido ustedes.

FELI. Sí; lo hemos oido, pero yo no he entendido ni una palabra.

D. BRUNO. Eso va usted ganando.

CRIST. ¿Nos habrá despedido?

D. BRUNO. No se quiebren ustedes la cabeza. El único que nos puede despedir es Mister Richard, pero como no sabe el español y nosotros el inglés no lo entendemos, si nos despide no nos vamos.

D PANT. ¡Imposible! Indudablemente las musas no van a las oficinas. No me sobla una, ni para apagarme una cerilla. (*Rompiendo unas cuartillas.*)

D. BRUNO. (*Timbre.*) ¡Válgame la Santísima Trinidad! ¡Tengo las piernas como dos serpentinas! ¿Llamaba usted, Sr. Pencas? (*Entrando.*)

D. PANT. Llamaba D. Bruno queridísimo.

D. BRUNO. (¿Eh?) Usted me manda.

D. PANT. Yo no mando... suplico.

D. BRUNO. (¿Eh?)

D. PANT. ¿Me permite usted que le haga una caricia?

D. BRUNO. (¡Se ha vuelto loco!) ¿Una caricia? ¿Con qué?

D. PANT. Con la mano.

D BRUNO. ¿Una caricia... flojita?

D. PANT. Sí, querido D. Bruno; flojita, suave... amistosa... cordial...

D. Bruno. (¿Qué mosca le habrá picado?)

D. Pant. No ha sido mosca, Don Bruno de mi alma; ha sido una paloma. *(Se levanta despacio y se apoya cariñosamente sobre el hombro de Don Bruno)* una paloma blanca, con el pico rosado, y los ojos como los suyos.

D. Bruno. ¿Como los míos? ¡Recalamares! ¿Seré yo esa paloma?

D. Pant. No se intranquilice. Usted es un palomo buchón, a quien yo quiero mucho .. pero mucho...

D. Bruno. Y yo también a usted (De buena gana le daba un picotazo)

D. Pant. Y como le estimo tan de veras, quiero proponerle para el ascenso... Pero no diga usted nada... Si acaso en su casa... a su señora... a su hija...

D. Bruno. No tengo ninguna.

D, Pant. ¿No? Pues entonces, no entere usted más que a su hija y a su señora·

D. Bruno. Las enteraré; pierda usted cuidado.

D. Pant. ¡Y ya hablaremos...! ¡Ya hablaremos querido papá...! (*Empujándole suavemente hacia la puerta*)

D. Bruno. (¡Atiza! ¡Loco! ¡Loco de ponerle, no una camisa de fuerza, sino toda una muda completa!)

D. Pant. Hágame la merced de decirle a Feliciano que entre y... silencio... papá...

D. Bruno. (*Saliendo*) Mi hijo... digo mi jefe que pase usted.

Feli. ¡Ay; mi madre! ¡Don Bruno, por Dios! !Si esa fiera se dispara, protéjame usted! ¡Solo en usted confío! ¡Usted es mi padre!...

D. Bruno. ¡Otro hijo no! Yo le protegeré, pero sin complicarme en la familia. (*Le estrecha la mano con emoción.*)

Feli. ¿Dá usted su permiso?

D. Pant. Adelante, estimadísimo Feliciano, De hoy más no necesita pedir permiso para entrar en el despacho de su jefe, que es su mejor amigo. Si en algún momento le

maltraté, fué a impulsos de un rapto de locura, que le ruego olvide.

FELI. Yo bien quisiera olvidar, Sr. Pencas, ¡pero hay cosas!

D. PANT. No sea usted rencoroso, Feliciano.

FELI. No lo soy. De pie... no me acuerdo de nada... pero cuando me siento, mi dignidad de hombre me subleva y...

D. PANT. ¡Me pegaría usted dos bofetadas! ¿No?

FELI. ¡Sí; Don Pantaleón! Con todos los respetos.

D. PANT. Quiero proporcionarle un medio, para que su dignidad quede a salvo.
Esas dos bofetadas se van a oir en todo el edificio.

FELI. ¡Ay, Sr. Pencas! Si eso fuera posible, qué descanso tan grande.

D. PANT. Yo le prometo que quedará usted satisfecho.

FELI. Y yo le respondo, que se las daré con todo mi entusiasmo.

D. PANT. No me ha comprendido! Si esas bofetadas fueran efectivas, lo probable es que le convirtiera a usted en «pathe foiegras». Para usted lo importante es que suenen, qne sus compañeros escuchen el crujir de mis mejillas, ¿no?

FELI. Si señor; con eso me basta.

D. PANT. Pues retírese tranquilo. Yo le llamaré en tono airado. usted me responderá impetuoso, entra en mi despacho y en el calor de la discusión, yo haré que suenen esas vengadoras bofetadas, que a usted le devuelven la tranquilidad, y a mi me aseguran la dicha.

FELI. ¡Gracias, Don Pantaleón! ¡Gracias! ¡Es usted muy bueno. (*Medio mutis.*) Pero D. Pantaleón... yo podré decir...

D. PANT. ¿Que me las ha pegado? ¡Si, Feliciano! Yo también lo confesaré noblemente.

ELI. (*Le besa la mano.*) ¡Gracias! (*Mutis.*)

RIST. ¿Ha habido golpes?

ELI. No, pero puede que los haya. Ya se lo he dicho, que en cuánto se deslice tanto así, le pego dos bofetadas.

. BRUNO Si usted le dice eso a D. Pantaleón, a estas horas hay media puerta cerrada en su domicilio.

ELI. Pues lo digo y lo hago.

RIST. Y si usted le pega, le pego yo. Prefiero ver a mis hijos, sin padre, a mi esposa sin esposo, y yo con dos esposas, a seguir siendo un mártir de la burocracia.

D. PANT. ¡Hay mayor sacrificio! ¡Todo por ella! Esta superchería impropia de mi carácter, me sonroja. ¡Cómo me pagará este sacrificio! ¿Me dirá que sí? ¿Me dirá que no? (*Saca un abanico de bolsillo y consulta repasando las varillas.*) ¡Oh! ¡Mago del amor!... ¡Bendito seas! (*Le da un beso.*) ¡Feliciano! ¡Feliciano!

FELI. (*Sin moverse de su asiento.*) ¿Qué quiere usted con tantas voces? ¡No soy sordo!

D. BRUNO. ¡Por Dios, Feliciano, prudencia. No dé usted un día de luto a sus amistades! ¡Recuerde usted que tiene una madre!

FELI. ¡No me acuerdo de nada!

D. BRUNO. ¡Qué tiene hermanitos!

FELI. ¡No me acuerdo de nada!

D. BPUNO. ¡¡Que yo le he prestado dos duros!!

FELI. ¡No se moleste usted, D. Bruno! ¡No me acuerdo de nada!

D. BRUNO. ¡Caray! ¡Pues de esto debía usted acordarse!

D. PANT. (*Entra Feliciano.*) ¿No oye que le llamo?

FELI. ¡Le repito a usted que no soy sordo!

D. PATN. ¡Razón de más para acudir antes!

FELI. ¡Las voces me ponen nervioso, y no estoy dispuesto a tolerar!...

D. PANT. ¡Ea! ¡Basta! Si no me guarda usted el debido respeto, se lo impondré yo mismo.

FELI. ¿A mí?

D. PANT. ¡A usted!

FELI. ¡Pues tome! (*Suenan dos bofetadas formidables, que D. Pantaleón fingirá con dos palmadas.*) ¡(Muchas gracias)! (*Saliendo.*) ¡Estoy vengado!

D. BRUNO. Yo aún no salgo de mi asombro. ¡Pegarle a D. Pantaleón! A D. Pantaleón, que es capaz de dispersar a todo un tercio de la guardia civil, con el rabillo del ojo! No sabe usted lo que ha hecho. Como medida preventiva, encargue usted que le vayan haciendo la cama en el Hospital de la Princesa.

D. PANT. (*Saliendo.*) Ustedes son testigos de lo qne acaba de hacer D. Feliciano. D. Feliciano, hombre de honor me ha cruzado la cara. ¡Yo debía matar a D. Feliciano! Pero tranquilícense ustedes. Le perdono, le abrazo y le asciendo.

CRIST (¿Le asciende? ¡Ahora me toca a mí!)

D. BRUNO. (Si yo llego a saberlo, a estas horas soy Director general.)

D. PANT. ¿Están ustedes satisfechos? ¿Todos satisfechos? (*Mirando a Pili con intención.*)

CRIST. Yo no. Hora es ya de que me descare. A mí me debe usted una satisfacción.

D. PANT. Que le daré en el acto.

CRIST. Hace once meses, delante de todo el personal, me llamó usted besugo, y eso no puedo tolerarlo.

D. BRUNO. Pero, señores. Que gana de enredar las cosas.

CRIST. Es que un besugo, no lleva la contabilidad por partida doble.

D. BRUNO. ¡Naturalmente! Al besugo más listo, lo mete usted en una oficina y ¿qué hace?

CRIST. Nada.

D. BRUNO. ¡Qué va a nadar! ¡Se muere! Y usted vive, luego usted no es un besugo. No hay que darle importancia a

cosas que no la tienen. Aquí no hay más que un rasgo generoso de D. Pantaleón, que todos debemos admirar.

CRIST. ¡De manera, que es justo que se me insulte!

D. PANT. No señor.

CRIST. Que se me ultraje, y cuando llega la hora de las recompensas, que se las lleve otro.

D. PANT. ¿Pero usted qué quiere? ¿El ascenso?

CRIST. ¡Naturalmente!

D. BRUNO. ¡Ah! ¿El ascenso? ¡Entonces usted no es un besugo! ¡Es usted un raspa!

D. PANT. Lo tendrá usted.

D. BRUNO. ¡Alto, señores! Porque si para ascender, es suficiente enumerar los insultos recibidos, a mí no hay dinero con qué pagarme.

D. PANT. Y no lo hay, efectivamente. Usted D. Bruno reune todas las excelentes cualidades, que a mi me interesan. Es usted puntual, trabajador, respetuoso, y sobre todo, tiene usted una hija, que es un brillante.

D. BRUNO. ¡Yo!

D. PANT. Usted. Y como la conozco y se lo he dicho, y como le he dicho algo más, que está pendiente de respuesta y como esa respuesta puede hacerme feliz o destrozarme por completo, yo me confieso a usted para que me ayude, y para que me diga si me acepta con gusto en su familia.

D. BRUNO. ¡Me deja usted absorto! ¡Usted está seguro de que esa hija es mía!

D. PANT. ¡Silencio! ¡Bastante hemos hablado! ¡Quiere usted tener un hijo más!

D. BRUNO. ¡Hombre: a mis años!

D. PANT. ¡Yo me ofrezco a serlo!

D. BRUNO. ¡Ah, usted! ¡Ya criadito... y con quince mil pesetas

de sueldo! De ese modo no tengo inconveniente e ser el Padre universal.

FELI. (*Aparte a Pili.*) (¡Eso es suerte! ¡Habrá que ver la pi ta de la hija de D. Bruno!)

PILI. ¡Mejor que la de usted, mostrenco!

FELI. (¿Mostrenco? Ahora verá usted.) D. Pantaleón, es señorita me ha llamado mostrenco y puede dar graci a que está usted delante, que si no...

D. BRUNO. *(Aparte)* (¡Esa señorita es mi hija!)

FELI. (¡Su...!)

D. PANT. (*Aparte*) (¡Esa señorita, es mi novia!)

FELI. ¡Atiza qué lío! (Pues dispensen ustedes.) Pero, señori Pili, ¿es posible que sea usted todas esas cosas qu dicen estos señores?

PILI. ¿Qué le han dicho?

FELI. D. Bruno, que es usted su hija.

PILI. Es cierto.

FELI. Y D. Pantaleón, que es usted su novia.

PILI. Es probable.

D. PANT. ¿Probable? ¡Ay, Pili de mi vida! ¡Estas impresiones n se pueden recibir sin un frasco de éter en cada man ¡Abran ustedes los balcones! ¡Necesito aire!.. ¡Me ahog ¡La vista se me nubla! ¡La cabeza se me escapa como corcho de una gaseosa! ¡Probable! ¿Ha dicho probabl *(Cae desmayado en brazos de sus compañeros.)*

D. BRUNO. Pero hija, ¿qué has hecho? ¿No ves que es cardiac

PILI. Papá no lo sabía.

FELI. ¡El director! ¡Que viene el director!

D. BRUNO. (¡A que le deja cesante y no hay boda!)

MIS. RICH. (*Entrando impasible*) ¿Qué es, qué le pasa? ¿No est vivo?

D. BRUNO. Si, mister Richard, ya lo creo que está vivo, pero s ha mareado.

MIS. RICH. ¿Marreado? ¿Por qué es marreado?

. Bruno. ¡Porque está enamorrado!

is. Rich. ¿Enamorrado? ¿Con qué?

ist. Con esta señorita.

is. Rich. Perro el reglamento...

. Bruno. Aqui en España, mister Richard, cuando la gente se enamora, no se acuerda del reglamento.

is. Rich. An Englaterra si Señorita Pela.

. Bruno. Pili.

is. Rich. Señorrita Pili, es usted sesanta.

.li. Bien señor.

is. Rich. Dicalo de esta manera a su familia.

. Bruno. La familia ya lo sabe.

is. Rich. No es fuerte el señor Pantalión. An Englaterra, la moquera no marrea nada. El whisky mocho. Ol ray.

. Pant. ¿Donde estoy?

. Bruno. En la oficina, y por poquito esta usted en la calle.

. Pant. ¿Me he querido tirár por el balcón?.

. Bruno. No, pero mister Richard, se ha presentado con la escoba y ha barrido a su futurra de usted.

. Pant. ¿Cómo que la ha barrido?

Bruno. Que la ha dejado «sesanta»

. Pant. ¡Ah! ¡Mejor, cuanto se lo agradezco! No podía consentir que su hija trabajara un segundo más.

. Bruno. Es que son cuarenta duros menos.

. Pant. Que yo le aumento a usted.

. Bruno. ¡Ay mi niño! !mi niño! (*le abraza*)

. Pant. Señorita Pili... ya lo ha oído... á la calle (*En tono jovial*) Despídase de sus compañeros.

ili. (*Al Público*)

Si encontráis el premio justo
señores... una palmada;
pero si os causa disgusto...
entonces... no he dicho nada.

TELÓN